

## LOS PASTORES DE BELEN DE LOPE DE VEGA

**E**N LOPE DE VEGA vive España con todos sus virtudes y todos sus defectos, él recogió en sí el caudaloso río de la tradición de su pueblo y lo proyectó hacia el porvenir en riego copioso, que aún perdura y perdurará siempre, mientras España sea España.

Si tomamos el concepto de Bergson de la duración real —vivencia de todo el pasado en el presente perpetuamente móvil—, en manera alguna como constitutivo del alma individual, —como lo hace el mismo Bergson—; sino como constitutivo del alma nacional; podemos afirmar que fué Lope quien sintió más hondamente en su poesía la vivencia del alma española. todo el pasado con su religión y costumbres, con sus alegrías y tristezas, con sus glorias y derrotas se abrió en el alma de Lope como encendida flor de la meseta de Castilla, acariciada por brisas renacentistas.

El vivió, —sin complicaciones metafísicas—, la religión católica de su pueblo, religión confiada y gozosa de los hombres del medioevo; sus símbolos religiosos son los símbolos transmitidos; su teología es casi siempre una teología popular, sin mayores vueltos: las grandes concepciones teológicas de los dramas calderonianos están ausentes de Lope, pero los de éste rebosan de lo que se echa de menos en aquellos: alma y corazón. Para Lope, como para España del siglo de oro, la religión era sangre de su sangre, vida de su vida.

El Lope de los versos al Niño recién nacido es tierno, sencillo, fácil, delicado, sus símiles —el hielo, el frío, el fuego, el sol, el alba, la aurora, la noche, las perlas, el vellocino — se repiten, pero siempre con matiz distinto, con una delicadeza nueva.

Sus pastorelas, no son las artificiales y melosas tan en boga en la literatura pastoril del renacimiento —a las que él mismo rindió pleitesía en su Arcadia—, son frescas y sentidas, es su alma católica y española que en ellas goza y sufre, se enternece y rie, requiebra y ama a la Virgen y al Niño; es un arroyuelo claro y cantarino entre las flores de papel y pastores y corderos de utilería de las bucólicas de su tiempo.

La delicadeza y sufrimientos del divino Recién nacido en las inclemencias del invierno es uno de los motivos que más hiera el corazón de Lope, que se enternece y, al afinar su sentimiento, trueca su voz por el arrullo de la Santa Virgen, quien blandamente implora:

*"Mañanicas floridas  
del frío invierno,  
recordad a mi niño  
que duerme al hielo  
Mañadas dichosas  
del frío diciembre,*

*aunque el cielo os siembre  
de flores y rosas,  
pues sois rigurosas  
y Dios es tierno,  
recordad a mi niño  
que duerme al hielo".*

El niño inerte y delicado, que tiembla de frío, es Dios pleno de amor, es Dios



Creador del mundo, sus estaciones y elementos, y Lope, herido de ingenua y amorosa admiración le pregunta: "Como si os quema amor, tembláis de hielo?"

"Temblando estaba de frío  
el mayor fuego del cielo,  
y el que hizo el tiempo mismo  
sujeto al rigor del tiempo.

¡ay niño tierno!  
¿Cómo si os quema amor, tembláis de hielo?

El que hizo con su mano  
los discordes elementos,  
naciendo está, por el hombre  
a la inclemencia sujeto.

¡Ay niño tierno!  
¿Cómo si os quema amor, tembláis de hielo?

Esta antítesis de amor y frío, hielo y fuego vuelve con frecuencia a la mente de Lope, con el mismo sentimiento y arraigada ternura como si por primera vez la considerase.

"A mi niño combaten  
fuegos y hielos,  
sólo el amor padeciera  
tan gran tormento.  
Del amor el fuego  
y del tiempo el frío,

al dulce amor mío  
quitan el sosiego.  
Digo cuando llego  
al verle riendo:  
—Sólo amor padeciera  
tan gran tormento".

Y cuando el pecado y el arrepentimiento dilaceran su alma tornará la misma idea, pero matizada de ardiente subjetivismo, en uno de los sonetos más hondos y sentiosos de la literatura religiosa de todos los tiempos; este soneto no es literatura, sino lamento de alma acojonada y arrepentida, que tendrá siempre eco mientras haya un alma capaz de sentir el dardo doloroso y dulce del arrepentimiento:

"¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?  
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,  
que a mis puertas, cubierto de rocío,  
pasas las noches del invierno oscuras?

¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras  
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío  
si de la ingratitud el hielo frío  
secó las llamas de tus plantas puras!

¡Cuántas veces el ángel me decía:  
"Alma asómate agora a la ventana,  
verás con cuanto amor llamar porfía!"

¡Y cuántas, hermosura soberana:  
"Mañana le abriremos" —respondía—,  
para lo mismo responder mañana!"

Otros símbolos bíblicos el sol, el rocío, el vellocino, el alba, la aurora, se encuentran con frecuencia en Lope con un matiz personal y siempre distinto, con un brillo nuevo, como el de las facetas de un diamante. El llamará a Cristo clavelina, perla, rocío, gusto de las nubes, a la Virgen: vellocino, aurora ; pero lo original en él no es lo que dice, sino el modo como lo dice: profundamente popular y profundamente individual y subjetivo:

"A la clavelina,  
a la perla fina,  
a la aurora santa,  
que el sol se levanta.  
Clavelina hermosa,

perla de los cielos,  
rocío divino,  
soberano Verbo;  
gusto que las nubes  
a la tierra dieron  
sobre el vellocino

más puro que el cielo.  
Vuestra Madre Aurora,  
día tan sereno  
a la tierra ha dado  
que os está diciendo,  
puesto que en el hielo

de noche tan fría  
a la clavelina  
a la perla fina  
a la aurora santa  
que el sol se levanta".

Ya la noche pasó, la noche de nuestras penas, ha nacido el alba y con el alba el sol, alba suave y clara, que es risa y paz del cielo, admiración de los tiempos, prenda y esperanza del próximo día.

"Nace el alba María  
y el sol con ella,  
desterrando la noche  
de nuestras penas.  
Nace el alba clara,  
la noche pisa;

del cielo la risa  
su paz declara;  
el cielo se para  
por solo vella,  
desterrando la noche  
de nuestras penas".

Con esa confianza, tan propia del alma católica, Lope pregunta a Nuestra Sra.:

"¿Dónde vais zagala,  
sola en el monte?  
Mas quien lleva el sol  
no teme la noche

¿Qué haréis si el día  
se va al Ocaso  
y en el monte acaso  
la noche os coge?  
Mas quien lleva el sol  
no teme la noche.

Y ante la belleza de la Santa Virgen su amor se transfigura en llovizna de requiebros y ternezas:

"Zagala divina,  
bella labradora,  
boca de rubies,  
ojos de paloma,  
Santisima Virgen,  
soberana aurora,  
arco de los cielos  
y del sol corona:  
tantas cosas cuentan  
sagradas historias  
de vuestra hermosura,  
que el alma me roban:  
que tenéis del cielo,

morena graciosa,  
la puerta en el pecho,  
la llave en la boca.

.....  
Que tenéis la cara  
como cuando llora  
sobre blancos lirios  
la mañana aljófara;  
que sois nieve pura  
sobre quien deshojan  
purpúreos claveles  
o encarnadas rosas.

Detengámonos un momento en ese delicadísimo poema de Lope, que es canción de cuna, arrullo y súplica de la Santa Virgen que bajo las palmas breza al divino Infante. Este llora y la Virgen Niña quiere acallarlo brezándole en sus brazos y arrullándole con su canto, que es ofrecimiento y súplica amorosa y blanda:

"Qué tenéis, dulce Jesús?  
—le dice la Niña bella,—  
¿tan presto sentís, mis ojos,  
el dolor de mi pobreza? ?  
Yo no tengo otros palacios  
en que recibiros pueda,

sino mis brazos y pechos  
que os regalan y sustentan.  
No, puedo más, amor mío,  
porque si yo más pudiera  
vos sabéis que vuestros cielos  
envidiaran mi riqueza".

El Niño que, "es la sabiduría —de su eterno Padre inmensa", ya que hablar no puede, como respuesta, se aduerme dulcemente entre sus brazos: "cubrió de sueño en sus brazos — blandamente sus estrellas". La Madre Niña, que ha dormido a su Hijo, en la

paz de la tarde y bajo el suave rumor del palmar, temerosa de que el ruido de las palmas en la dorada quietud vespertina Le-despierten, implora a los ángeles con un canto, que es un leve susurro y suavísima melodía:

**Pues andáis en las palmas  
ángeles santos,**

**que se duerme mi niño,  
tened los ramos.**

Los ángeles han cesado en su juego, pero es el viento ahora que mueve las palmeras haciendo rümorosos sus rizados penachos; hacia ellos dirige su ruego la Santa Niña: "corred más paso", y les da la razón de su súplica, El "está cansado — de llorar en la tierra — por su desconsó" y quiere sosegar un poco, si le despertáis llorará de nuevo. A los ángeles no tenía necesidad de darles razón, pues le entendían muy bien, pero sí a las palmas movidas por los vientos inconscientes y traviesos:

**"Palmas de Belén  
.....  
no le hagáis ruido,  
corred más paso,  
que se duerme mi niño,  
tened los ramos.  
El niño divino**

**que está cansado  
de llorar en la tierra  
por su descanso  
sosegar quiere un poco  
del tierno llanto.  
Que se duerme mi niño,  
tened los ramos.**

Es invierno, la noche se acerca y el frío acrece, quizás despierta a su Niño; Ella se encuentra pobre e inerme; sólo tiene su ruego que se quiebra suave y callado como una gota de rocío en el pétalo de una flor:

**"Rigurosos yelos  
le están cercando;**

**ya veis que no tengo  
con qué guardarlo".**

Algún angelillo más travieso que los otros ha vuelto a jugar entre las palmas, o quizás sea el viento que, al desgairé, las mueve; pues la Dulce Niña suplica por última vez:

**"Angeles divinos  
que vais volando,**

**que se duerme mi niño,  
tened los ramos".**

Ternura de Lope, exquisita flor, nacida bajo la llovizna del catolicismo gozosa y confiadamente vivida en la reseca llanura castellana. Alma española, alma del esfuerzo y del heroísmo, de la fe y de la cruzada, que guarda en lo más hondo, como en pozo soterrado, el agua fresca y cristalina de su ternura. Lope supo encontrarla y vivirla y lanzarla al cielo y a los aires, como el inquieto penacho de cristal de un surtidor.

"Pastores de Belén", ternura y regocijo, plegaria y requiebro, endecha y ruego.

**LUIS E. HENRIQUEZ**

